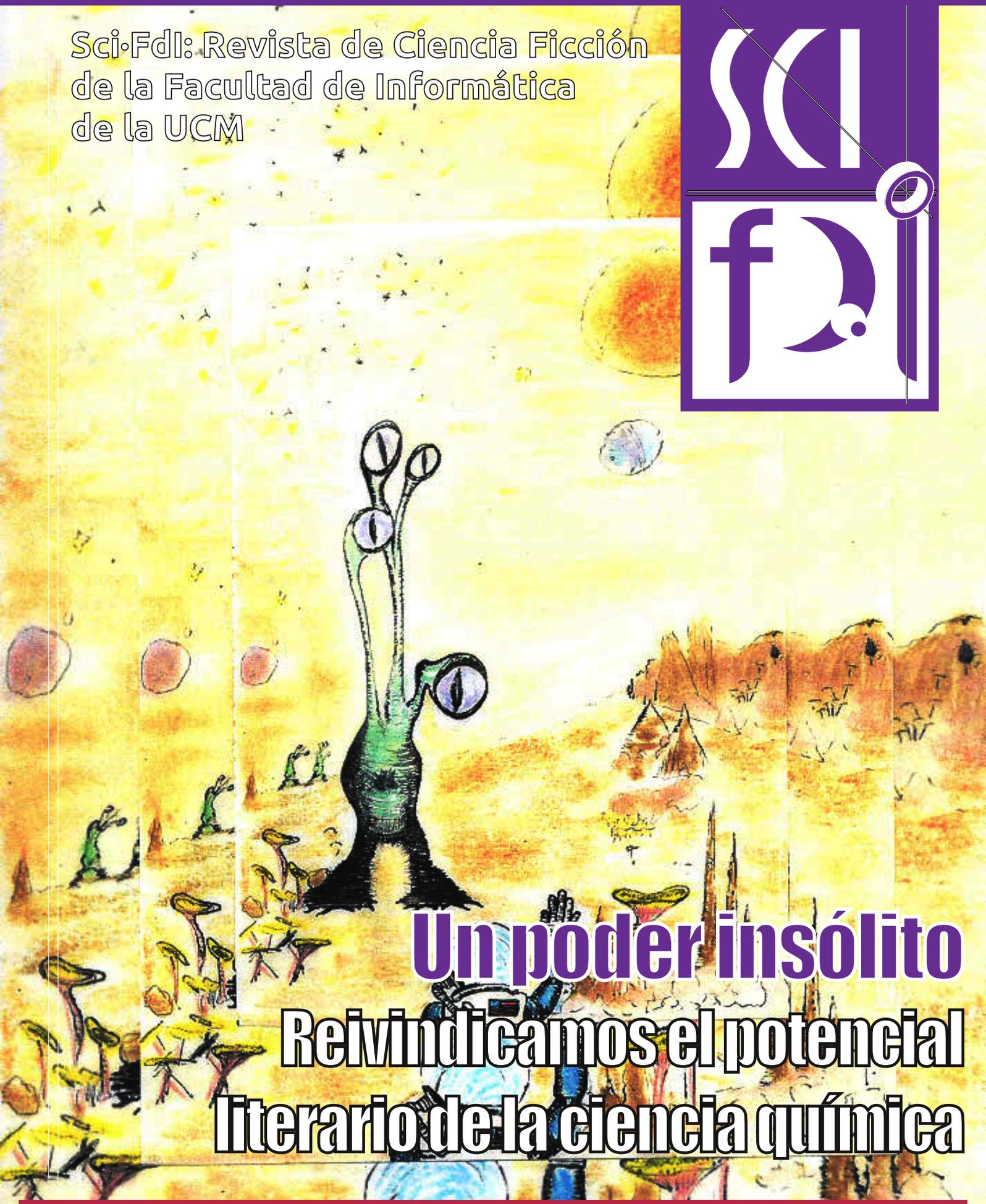
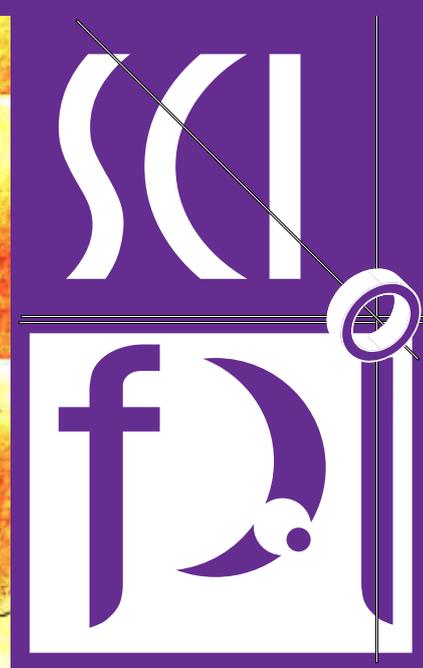


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Un poder insólito

Reivindicamos el potencial literario de la ciencia química

Portada: Aitor Alejandro Rodríguez Mora | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

- Corazón de melón · La invasión necesitada ·
- Política galáctica · Hastío · El hombre olvidable ·
- La gran disciplina ausente en la literatura de ciencia ficción ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Pablo Moreno Ger
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Díez
Julio Septián del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Aitor Alejandro Rodríguez Mora

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

Con este número 18 de Sci-Fdi alcanzamos nuestra mayoría de edad. Sí, ya sabemos que algún tiquismiquis pensará que realmente solo han pasado 8 años desde nuestro nacimiento en 2009, y que por tanto seguimos en nuestra más tierna infancia. Ahora bien, como somos nosotros quienes escribimos el editorial, podemos definir nuestra edad como nos dé la gana, y dado que somos unos niños malcriados que quieren hacerse mayores, pues la definimos así...

Para celebrar nuestra mayoría de edad contamos con cinco relatos y un ensayo. Para abrir el apetito, comenzamos con "Corazón de melón", un relato que esperamos que les guste tanto como comer un buen melón en verano. Siguiendo con los vegetales, nos encontraremos con unas curiosas formas de vida en "La invasión necesitada". El comportamiento de otras formas de vida aún más curiosas todavía es analizado en "Política galáctica". Posteriormente, el "Hastío" se abrirá paso tras el apocalipsis de nuestra sociedad. Finalmente, el último relato trata sobre algo o alguien que está o no en algún sitio pero que a lo mejor sí o a lo mejor no, o no sé qué... Bueno, mejor léanlo ustedes para ver si lo recuerdan mejor y nos lo pueden explicar después.

Tras los relatos, concluimos el número con un interesante ensayo titulado "La gran disciplina ausente en la literatura de ciencia-ficción: la química". En él se analiza la escasa presencia de la química en la literatura de ciencia ficción, a diferencia de la abundancia de literatura del género que se basa en otras disciplinas como la física o la biología. Desde estas líneas queremos aprovechar la ocasión para hacer un llamamiento a paliar esta escasez de relatos de base química.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nuestra

autoproclamada mayoría de edad se debe únicamente a nuestro interés por poder publicar contenido pornográfico que atraiga la atención de más lectores a nuestra revista. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Nuestra revista se mantendrá firme en su temática de ciencia ficción, aunque si recibimos pornografía de origen extraterrestre no tenemos claro qué tendremos que hacer...

Índice

Corazón de melón.....	5
La invasión necesitada.....	10
Política galáctica.....	18
Hastío.....	20
El hombre olvidable.....	21
La gran disciplina ausente en la ciencia ficción: la química.....	23

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

POEMA

TEATRO



Corazón de melón

Fernando Rubio

¿Quién no ha querido alguna vez tener superpoderes? En las películas los superhéroes tienen poderes como volar, tener supervisión, leer la mente, detener el tiempo o ser invisible. Todo ello muy útil para combatir a los malvados de turno y salvar a la humanidad. Pero claro, esto es lo que pasa en las películas, no en el mundo real, pero... ¿qué pensarían si les digo que yo sí que he tenido un superpoder especial durante toda mi vida? Supongo que no me creerían, no les culpo, y los pocos que me creyeran pensarían que soy un egoísta que no he hecho nada con mis poderes para ayudar a mis congéneres. Ahora bien, la triste verdad es que en el mundo real los poderes no son tan magníficos como en la ficción. Mi poder me ha sido útil, no lo voy a negar, pero no he encontrado ningún modo de mejorar el mundo con él, y no creo que nadie hubiera podido hacer con él mucho más de lo que he hecho yo, porque mi poder es bastante curioso: hago que los melones sepan muy (pero que muy) bien.

Sí, ya sé que suena a cachondeo, pero es la verdad. Cuando cojo un melón y lo palpo un rato, básicamente como hace todo el mundo en el mercado cuando trata de ver si el melón que se va a llevar a casa es bueno o no, el melón adquiere un sabor exquisito. Ya ven, no puedo volar, trepar por las paredes ni moverme como Flash, simplemente puedo hacer que un tipo muy específico de comida esté buena. Además, el efecto no es permanente, hay que comerse el melón en menos de un día desde que lo manoseo, o de lo contrario vuelve a tener un sabor tan vulgar como mi superpoder. Tampoco puedo aplicar mi habilidad a melones que ya estén empezados, por lo que si pido melón con jamón en un restaurante tengo que rezar para que el melón (y el jamón) fuera bueno antes de que me lo dieran, porque no tengo forma de mejorarlo.

Mis padres descubrieron mi don cuando yo aún era un niño. La primera vez supusieron

que era una casualidad: Tenía 6 años y me pidieron que les pasara el melón para abrirlo, y empecé a palparlo como les había visto hacer a ellos en el mercado, haciéndome el importante. Se rieron mucho, como es lógico, y luego resultó que el melón estuvo buenísimo, así que, en broma, me dijeron que tenía que hacerlo igual la vez siguiente, que estaba delicioso gracias a mí. Evidentemente no lo creían, pero es lo que cualquiera diría a su hijo, y a mí me hizo ilusión. Así que cuando volvimos a comer melón repetimos el proceso y el melón volvió a ser excepcional. Y la vez siguiente también. Como los habían comprado en el mismo sitio, asumieron que eran buenos desde que los compraron, que yo no tenía nada que ver. Pero el proceso se siguió repitiendo, independientemente de dónde comprarán el melón. Empezaron a hacer experimentos, comprando melones de todo tipo y haciendo todo tipo de pruebas. Así, después de unos cuantos melones, llegaron a la conclusión de que realmente tenía el poder de mejorarlos.

Como buenos padres protectores, su obsesión consistió en mantener en secreto mi habilidad. No querían que ninguna organización gubernamental secreta me encerrara en algún laboratorio para hacer todo tipo de estudios conmigo. Me engañaban dándome el cambiazo con melones que yo no había tocado y que por tanto eran normalitos. Es más, cogían los peores melones que encontraban, de modo que no solo dejara de pensar que yo los hacía buenos, sino que también dejaran de gustarme tanto. Así, poco a poco, dejé la costumbre de tocar los melones antes de abrirlos, y finalmente mis padres consiguieron dejar de comprar melones, saliendo por completo de la dieta familiar.

Un par de años después mis padres lanzaron otro plan más sutil para protegerme: en casa empezaron a verse películas sobre personas *especiales* que eran sometidas a experimentos salvajes para estudiarlos. Lógicamente solo veíamos películas en las que las cosas salían bastante mal para quienes tenían poderes. Vamos, que trataron de grabar en mi subconsciente un mensaje bastante claro.

Pero fui creciendo y, como pasa siempre, la capacidad de protección paterna se redujo drásticamente. Un día les conté a mis padres

que había comido melón en casa de un amigo, que estaba buenísimo, que deberíamos comprar melones en casa y que no se preocuparan por cómo elegirlos y cortarlos, que yo ya lo había hecho una vez y me había quedado fenomenal. Como pueden imaginarse, los pobres se quedaron blancos. Cuando salieron del estado de shock me dieron largas, diciendo algo así como "Sí hijo, puede ser buena idea, ya iremos viendo cómo están de precio cuando la temporada sea la adecuada, no ahora que ya se está acabando la temporada buena". Eso sí, al día siguiente reflexionaron y se dieron cuenta de que no podrían protegerme si me mantenían en la ignorancia, así que me dijeron que tenían algo muy importante que contarme... y así fue como redescubrí mi poder.

No piensen que me lo creí a la primera, pero mis padres me prepararon un buen experimento con veinte melones de los que yo iba decidiendo si los tocaba o no, y luego ellos los abrían y yo mismo los probaba. La verdad es que fue una experiencia bastante desconcertante para mí. Tardé varios días en asumirlo, aunque debo reconocer que la ayuda paterna fue fundamental, incluyendo chistes tontos para aliviar un poco la tensión. Por ejemplo, mi padre decía que él ya se esperaba mi habilidad, porque cuando mi madre estaba embarazada parecía que se había tragado un melón, mientras que mi madre decía que era normal que tuviera poder sobre los melones, porque mi padre siempre se había comportado como un melón, así que yo debía ser medio-melón. Ya saben, tonterías simplonas pero que me ayudaban a salir de mi estado de bloqueo mental.

Cuando asumí mi condición, pensé que una habilidad así debía compartirla, pero las advertencias de mis padres (junto con la hipnopedia que me habían aplicado en la infancia) tuvieron su efecto, así que acepté que debía mantenerme en el anonimato. Además, al fin y al cabo, todos los superhéroes tratan de mantener su vida privada al margen de su vida de héroe, aunque sea simplemente cambiando el aspecto con unas miserables gafas. Así que pensé en cómo podía ayudar a alguien teniendo en cuenta el limitado alcance de mi don. Lo primero que se me ocurrió es que podía ayudar a niños enfermos haciendo que comieran buenos melones. Dicho y hecho, me

colé en las cocinas de un hospital infantil para tocar los melones que tenían. Pero me descubrieron y pensaron que los quería robar. Conseguí escapar por los pelos, y decidí que el riesgo no merecía la pena.

Por tanto, cambié de plan. Decidí hacerme voluntario en un albergue para vagabundos, donde podría tocar tranquilamente los melones antes de cortarlos para repartirlos. Pero la verdad es que solo estuve un día: conseguí que estuvieran buenísimos los melones que se comían, pero la calidad excesiva de unos melones que se suponía que eran de baja calidad llamó la atención de los encargados. Por suerte supusieron que había sido simplemente cosas del azar que alguien les hubiera mandado un cargamento de calidad, pero me di cuenta de que si se repitiera el proceso sospecharían que había gato encerrado, y no quería que nadie sospechara nada. Por consiguiente, solo iba una vez al año a algún albergue, pero sin repetir en el mismo dos veces, de modo que no se levantaran sospechas.

Como parecía que mis intenciones altruistas no tenían mucho recorrido, pensé que al menos podía tratar de ganar dinero. Quién sabe, si me hacía millonario después podría hacer donaciones altruistas si quería, así que me convencí a mí mismo de que ese era el motivo para cambiar de objetivo. Una posible opción sería poner un restaurante, pero dado que mis habilidades como cocinero eran (y siguen siendo) muy limitadas, no parecía que pudiera tener mucho éxito un restaurante que sirviera como único plato melón con jamón, por lo que me pareció que lo sensato sería tratar de convertirme en suministrador de melones de algún chef de alta cocina. Pero antes de eso quería conocer mejor el mercado de los melones, por lo que convencí a mis padres para que me dejaran trabajar en un puesto de venta de sandías y melones. Como era de esperar, les pareció una pésima idea que mis poderes pudieran estar tan expuestos al trabajar cara al público, pero les convencí argumentando que así mis amigos no se extrañarían cuando siempre escogiera buenos melones, porque asumirían que lo había aprendido en mi trabajo.

Mi trabajo en el puesto duró solo un par de meses, pero me sirvió para darme cuenta de que mi poder no ayudaba en

prácticamente nada a mis clientes. Me pedían que les diera uno bueno y yo les daba uno cualquiera diciéndoles que estaría buenísimo si se lo comían en el mismo día. Pero, la verdad, ¿quién se come un melón nada más comprarlo? Algunos pocos lo hacían y después me decían que estuvo buenísimo, pero la mayoría lo comían dos o tres días después, por lo que mi intervención era completamente irrelevante. Resumiendo, aunque trabajaba con melones, nadie sospechaba de mi don. Eso sí, mis amigos comenzaron a ponerme motes relacionados con mi trabajo, y el hecho de llamarme Ricardo se lo puso bastante fácil: "Ricardo corazón de melón" era el más habitual, pero cuando había chicas de por medio me llamaban "soba-melones". Ya se imaginarán que estos motes no eran precisamente un imán para atraer al género contrario... aunque la verdad es que pocos años después el mote me vino bien para conocer a la que sería mi esposa, Lucía. Cosas de la vida, su comida preferida era el melón, con lo que las coñas continuas de mis amigos sobre mi sabiduría melonar despertaron su interés. Conectamos enseguida y no fue simplemente por los melones que le regalé. Realmente estábamos hechos el uno para el otro. Era la única persona con la que me sentía cómodo para hablar de cualquier cosa y, de hecho, la única a la que he confesado mi don. Poco después de conocernos nos casamos, tuvimos dos hijos (Luis y Carla) y disfrutamos de una buena vida en familia, a pesar de mis rarezas. Por suerte ninguno de mis hijos heredó mi habilidad con los melones. Tal vez les fuera mejor con las chirimoyas, quién sabe...

Volviendo a mi plan de hacerme rico con los melones, ofrecí mis servicios a varios cocineros. La mayoría ni me escucharon, unos pocos probaron mis melones y reconocieron su calidad, pero no les parecía un producto *cool*. Resumiendo, los restaurantes caros ignoraban el melón, y solo me hicieron caso pequeños restaurantes dispuestos a poner melón con jamón en su menú del día. Pero claro, el menú del día no daba mucho margen económico. Así que, por desgracia, no conseguí hacerme rico, simplemente conseguí un trabajo que me daba algún dinerillo. Por tanto, pronto abandoné el negocio e hice caso a mis padres dedicándome a la empresa familiar, un trabajo completamente ajeno a los

melones: la ebanistería.

No crean que abandoné mi interés por mi don. De hecho, simplemente decidí dividir mi vida entre mi trabajo y, digamos, mi hobby. Me ganaba la vida trabajando la madera, pero dedicaba mi tiempo libre a mi objetivo a largo plazo, que era tratar de conseguir producir una nueva raza de melones sobre la que mis poderes tuvieran un efecto mayor, de modo que no hubiera que comerlos inmediatamente después de que los tocara. Es más, idealmente deseaba producir melones que no tuviera ni que tocarlos para que fueran estupendos, pero eso me parecía aún más complicado. En cualquier caso, como les decía, este era mi objetivo a largo plazo, pero decidí que necesitaba buenas bases, por lo que empecé estudiando todo tipo de cursos tanto de biología como de botánica. Con el tiempo me convertí en todo un experto y mis experimentos comenzaron a dar sus frutos. Mi contacto con algunas plantas en los momentos más significativos de su crecimiento me permitió conseguir duplicar el efecto de mi toque sobre los melones, de modo que mantenían su mejor sabor durante dos días en lugar de solo uno. Fue sin duda un gran logro, pero no conseguía que esa propiedad se transmitiera a la siguiente generación, de modo que no fuera necesaria mi intervención durante el proceso de crecimiento de la planta.

He dedicado toda una vida a experimentar distintos métodos, consiguiendo finalmente que el efecto se propague parcialmente a la siguiente generación, pero el cambio va perdiendo intensidad de generación en generación: 2 días, día y medio, día y un cuarto y, finalmente, vuelve a un único día, como cualquier otro melón. Necesito alguna idea revolucionaria para salir del atolladero, pero acabo de recibir una noticia que no me esperaba: me han detectado una enfermedad terminal. Me queda poco más de un año de vida, donde las etapas finales serán tan dolorosas que lo más probable es que pase mis últimas semanas de vida completamente sedado, sin poder interactuar con nadie, como si fuera un vegetal. Ya no merece la pena seguir con mis estudios. Solo me queda un último recurso en el que llevo pensando desde hace algún tiempo: dejar que las semillas coman de mi cuerpo moribundo, con la

esperanza de que mi don se integre en ellas produciendo una raza de mayor calidad. Estoy seguro de que Lucía lo entenderá y me ayudará a que me entierren vivo cuando ya me encuentre en estado vegetal, pero no creo que Luis y Carla lo acepten con facilidad. En cualquier caso, les debo una explicación, pues nunca han sabido de mi superpoder. En fin, dedicaré mi último año de vida a explicarles quién es realmente su padre: el superhéroe con el superpoder más cutre que cualquier guionista hubiera podido imaginar.

Espero que este pequeño resumen de mi vida que estoy escribiendo me sirva para explicar a mis hijos porqué he vivido obsesionado con el cultivo de melones, y para que se lo hagan llegar a algún experto en melones que pueda sacar mayor provecho de mis estudios que yo mismo. Tal vez así pueda dejar algún pequeño legado para la posteridad.

*En memoria de Ricardo García y Lucía Pérez,
nuestros padres.*

Todos debemos recordar y honrar a nuestros antepasados, aquellos sin los cuales nunca habríamos llegado a existir. Nosotros debemos nuestra existencia al mayor superhéroe que ha existido en la historia, nuestro venerado Ricardo, y a la mujer que más luchó y protegió su legado y sin la cual nunca habríamos llegado hasta nuestro estado actual, Lucía.

Con sus últimas voluntades, Ricardo entregó su último aliento de vida para que naciera una nueva raza. Es por ello que todos debemos conocer su historia y transmitirla a nuestros descendientes, de modo que los orígenes de nuestra especie no se pierdan con el paso del tiempo. Su naturaleza excepcional le permitió conectar a dos especies aparentemente lejanas, aquellas conocidas antiguamente como humanos y melones. En aquellos tiempos, la especie animal de los humanos cultivaba melones, una especie vegetal que les servía como fuente de alimentación. El gran Ricardo tenía el poder de alterar los melones, y sus trabajos permitieron acercar paulatinamente la genética de humanos y melones, hasta que en su último golpe de genialidad integró a humanos y melones en una única y nueva raza, los

ricardianos, que nacieron de las semillas germinadas en el propio cuerpo de Ricardo.

Los primeros ricardianos brotaron del melonar ante la mirada estupefacta de la gran Lucía, quien pronto comprendió que los chicos y chicas que estaban creciendo en sus tierras no eran realmente humanos, eran los primeros seres de una nueva especie. Ella los cuidó hasta que maduraron, pero más importante todavía, los protegió de la humanidad manteniendo en secreto su origen hasta que los ricardianos pudimos expandirnos lo suficiente. Todos los ahorros familiares se dedicaron a comprar tierras de cultivo lo más aisladas posibles donde depositar nuestras simientes, mientras que los ricardianos trabajaban duro para aumentar dichos ahorros. Por fortuna, el aspecto externo de los ricardianos es casi igual al de los humanos, por lo que resultaba muy sencillo pasar desapercibidos e incluso podían trabajar entre ellos, siempre que nadie viera cómo se reproducían. Así, gracias a la generosidad de Lucía y al trabajo duro y anónimo de las primeras generaciones de ricardianos, nuestra especie se aposentó sobre el planeta Tierra.

Pocas generaciones después, debido al crecimiento de nuestra población, dejó de ser posible seguir viviendo en secreto ante la humanidad. Afortunadamente ya nos habíamos asentado en colonias por todo el planeta, por lo que nuestra supervivencia como especie estaba casi garantizada. Fue entonces cuando nos dimos a conocer ante la humanidad. Los primeros acercamientos fueron muy convulsos, incluso tuvimos muchas pérdidas de vidas debido a grupos aterrorizados de humanos que trataban de exterminarnos, pero pronto las autoridades consiguieron controlar la situación, comprendiendo que ambas especies podíamos convivir en simbiosis.

Una ventaja evolutiva de los humanos era que disponían de una larga infancia en la que a pesar de ser muy vulnerables les permitía adaptar su cerebro a entornos muy diferentes, lo que les había permitido llegar a controlar todo el planeta que habitaban, e incluso desarrollar tecnología espacial para enviar naves a otros planetas. Pero debido a sus cortas vidas y su sistema reproductivo animal, eran incapaces de viajar a otros sistemas solares. Por nuestra parte, nuestro

sistema reproductivo vegetal era ideal para el viaje espacial. Nuestras semillas podían mantenerse latentes durante un centenar de años mientras una nave nos llevaba a nuestro destino, y después podíamos germinar en el momento oportuno, naciendo individuos en lo que equivaldría a la adolescencia humana, que además heredaban parte de los conocimientos de sus padres. Por si fuera poco, podíamos reproducirnos muy rápidamente, colonizando en poco tiempo un nuevo planeta.

Así pues, los ricardianos nos convertimos en los emisarios de los humanos en las estrellas. Nos enviaron a los planetas habitables más cercanos que conocían, y nosotros les informábamos de todo lo que encontrábamos en ellos al llegar, y después proseguíamos poco a poco nuestro avance por la galaxia, siempre enviando nuestros informes al planeta Tierra. Así, con el tiempo, hemos llegado a expandirnos por toda la galaxia, y aunque hace millones de años que no recibimos respuesta desde la Tierra, seguimos manteniendo nuestra costumbre de honrar a nuestros antepasados informando a aquel planeta de nuestros avances.

Nuestro sistema reproductivo vegetal combinado con nuestro sistema nervioso animal nos ha hecho únicos, y nos hemos convertido en la especie dominante de la galaxia, pero añoramos volver a contactar con los humanos, quienes seguramente se extinguieron en su planeta natal, pero cuyo destino final nunca descubriremos, pues prometimos no volver a visitarlo nunca. Quién sabe, quizá cuando su sol esté a punto de destruir la Tierra volverán a contactar con nosotros para pedirnos ayuda. ¡Ojalá sea así! Salvarles de la extinción sería la forma más grandiosa de darles las gracias por todo lo que nos han dado y, sobre todo, de honrar al gran Ricardo salvando a su especie.

Te adoramos Ricardo.

La invasión necesitada

Ana Belén Sánchez

Se creía, por las pistas aportadas, que las habían traído a la Tierra por el hecho de que en un principio fuese en este planeta donde con mayor fuerza y esplendor se habían asentado sus predecesoras. Era bien aceptado que los humanos no habíamos sabido mantener el equilibrio, y agonizábamos junto con todas las especies a las que lentamente y a lo largo de los años nos habíamos encargado de destruir.

Los “alienígenas” pertenecían a una civilización tipo III, según Kardashov. Esto es, sabían gestionar sus equilibrios, y por alguna razón inexplicable (paternalista habían sugerido algunas mentes preclaras), habían tomado la determinación de intervenir en la evolución de una civilización que, aparentemente, estaba condenada a su propia autodestrucción.

La mera intervención de estos seres había generado no pocos recelos y desconfianzas: si bien los alienígenas tenían aspecto sospechosamente humanoide (¿Cómo era eso posible? ¿Trataban de mimetizar con nosotros por algún mecanismo indeterminado? ¿Procedíamos acaso de un mismo antecesor común? ¿Era posible que solo hubiera un camino óptimo para la evolución?), se dejaban ver en escasas ocasiones, y solo podía encontrárseles cuando ellos así lo deseaban.

Y sin embargo, su mensaje había sido tajante: “La introducción de estos nuevos seres mejorados concluirá con la salvación del planeta Tierra como ecosistema viviente.” Los humanos aún no nos habíamos recuperado de la sorpresa y el asombro por toda esta novedad de interferencia alienígena. Pero habíamos alcanzado un nivel de civilización suficiente como para aceptar la posibilidad de caducidad que el planeta se acercaba a alcanzar si continuábamos con la política vital destructiva que habíamos llevado durante años, como para no aceptar la ayuda. Vamos, que no teníamos nada que perder.

Lo que los visitantes habían traído como

presente superaba nuestras más profundas convicciones. Aquel laureado científico, Pokorof, era el que había encontrado la definición más acertada: "Son vegetales con consciencia."

Los alienígenas pastoreaban el desarrollo y supervivencia de aquellos nuevos organismos, que arraigaban en aquel planeta destruido con una facilidad y resistencia que sus predecesores autóctonos habían sido incapaces de asimilar después de que los humanos modificaran el entorno. Eso no significaba que las plantas terrícolas hubieran desaparecido de la faz de la tierra. Convivían con sus compañeras de otro mundo en un equilibrio difícil de explicar, y además los humanos se habían ocupado de preservarlas mediante cultivos de conservación, reservas vegetales, semilleros e invernaderos.

Pokorof era un botánico que había dedicado gran parte de su tiempo y sus recursos a investigar y trabajar sobre aquellos nuevos vegetales. Era de mediana edad, considerando la larga vida humana, y dedicaba gran parte de su escaso tiempo libre en cultivar su cuerpo y su espíritu. Aunque la rumorología le otorgaba actividades de tiempo libre más tórridas y oscuras. Bien formado, no muy alto, pelo corto y ralo en el frontal, con facciones duras y afiladas, y ojos agudos y penetrantes. Hacía tiempo que las expectativas que la humanidad le daba habían superado sus méritos. Trabajaba con un equipo científico en el que podían encontrarse varias especialidades: biólogos, ingenieros moleculares, genetistas, químicos, zoólogos, paleontólogos y geólogos.

Dentro de la variedad, se distinguían dos grupos: las cabezas pensantes, aquellos expertos asentados que ya no necesitaban demostrar nada; cuyo trabajo consistía en la recopilación, clasificación y exposición de la información, y las cabezas rodantes, denominados así por la alta rotación de personal, que solían caracterizarse por tratarse de personas muy jóvenes y dispuestas, y por llevar la mayor parte de la carga del trabajo. Con este equipo, Pokorof había llegado a la conclusión que lo llevaría a la fama y a la discordia. Mejorados es la palabra clave: "Los vegetales alienígenas presentan modificaciones genéticas que habían sido introducidas premeditadamente."

Los detractores de Pokorof argumentaban

que esa conclusión solo era válida si se comparaba el ADN alienígena con el ADN terráqueo. "Pero... ¿por qué no compararlo?", respondía Pokorof. "Al fin y al cabo ambos ADNs codifican información para generar y mantener seres que son capaces de sobrevivir en el mismo entorno, el entorno característico de la Tierra."

El nuevo tema de estudio de Pokorof versaba sobre la temporalidad y estacionalidad de las plantas alienígenas. A pesar de que en la Tierra existía una gran variedad de plantas cuya temporalidad variaba desde unos pocos días hasta cientos de años, los organismos no terrestres presentaban sin excepción una acusada temporalidad, del rango de meses.

Sin Tao, un integrante cabeza rodante del equipo de Pokorof, le estaba preguntando a una de las plantas, un espécimen de hojas de un verde muy oscuro, con cinco lóbulos cerrados y tallo trepador, una planta muy cínica, el porqué de esta temporalidad. Era un cerebritito procedente de Singapur, una ciudad que siempre se había adelantado a su tiempo, de tez morena y cara redondeada; tenía como ventaja en un mundo dominado por occidentales que sus rasgos no eran profundamente asiáticos. Había llegado al ICS (International Conciliatory State) hacía algunos años y sus pretensiones pasaban por establecerse en él de forma definitiva.

—Vamos plantita —alentaba a la hiedra—, dime cómo funcionas.

Pasó cuidadosamente el bisturí con una precisión ejercitada a lo largo de uno de los vasos conductores de la hoja. La hoja se plegó ligeramente y lentamente sobre sí misma. Sin Tao procedió a cortar un pequeño cuadrado de muestra y colocarlo sobre el porta.

Enfrente de él, una despampanante rubia perfectamente maquillada lo observaba y realizaba anotaciones. Era una cabeza rodante que ostentaba el record de permanencia en la institución y ya era más o menos aceptado que su ambición la mantendría allí más tiempo. Leía en alto unas fotocopias mientras apoyaba su espalda en una mesa de experimentación:

"Podría afirmarse que las plantas alienígenas con innovaciones genéticas (PAIG, en adelante) poseen un arcaico y frágil sistema nervioso, basado en una comunicación química, a diferencia de la mayoría de los

animales terrestres cuya transmisión nerviosa se basa en impulsos eléctricos. Es por tanto una transmisión bastante más lenta. Las imágenes microscópicas (véase Imagen 2) sugieren la existencia de unos tubículos que discurren paralelos a los vasos conductores, por los que podrían circular los mediadores químicos que transmiten la información. Aunque no se ha encontrado un centro coordinador propiamente dicho, si se han encontrado a nivel microscópico nódulos cada cierta distancia capilar (véase Imagen 3) que podrían corresponder a pequeños centros procesadores de información.”

—Y aquí es cuando cito a Pokorof —se interrumpió la rubia. Echó un largo trago de su botella de agua, de diseño poco convencional, antes de desechar el envase.

—Impresionante —dijo Sin Tao distraídamente mientras miraba por el microscopio—. ¿Crees que sienten dolor?

—No. No hay evidencia de sensores —aseveró la rubia—. ¿Crees que será este el trabajo que me dará el puesto de investigador consolidado?

Sin Tao despegó la vista del microscopio y miró a su compañera. Se llamaba Annette, era bastante y cuidadosamente hermosa, cuerpo esbelto y airoso, y además poseía un cerebro privilegiado. Había llegado a ICS de algún lugar del Norte de Europa, y se había casado con exitoso y perfecto hombre de negocios. Tenían dos perfectas hijas rubias, de perfectas facciones, de dientes blanquísimos y enormes y dulces ojos azules. Eran ambas clavadas a su madre. En las reuniones sociales extra académicas, de gran importancia para recabar fondos, era esta familia un recurso ideal.

—Es posible.

Annette sonrió complacida.

—Gracias, Tao. —Agarró otra botella de agua de envase de diseño y salió por la puerta con paso resuelto, meneando su larga y hermosa melena rubia.

Sin Tao quedó solo en el laboratorio. Se acercó al ventanal, donde crecían los especímenes de experimentación. Pasó su mano por una de las estrechas y aceradas hojas amarillentas de una planta parecida a un bambú, y apoyó su cabeza pensativo en el cristal, recibiendo junto con las plantas la luz filtrada del sol. Sin Tao quería establecerse.

Annette le daba cierta envidia. Si él tuviera una familia, su status mejoraría. Como Annette. Había salido con varias chicas, todas ellas buenas reproductoras. Pero ninguna le había convencido todavía: las chicas de ICS eran bastante controladoras, todas tenían el impulso de marcarle pautas de comportamiento. Sintió un extraño calor en su dedo. Observó a la planta. La hoja envolvía ligeramente su dedo. La planta parecía dirigir sus hojas y sus movimientos hacia él. Las hojas avanzaban acariciando su mano. Sin Tao se dejaba hacer. De pronto una paz le invadió, su ansiedad desapareció y una perspectiva nueva, como si él fuera otra persona distinta apareció en su mente. Pensó en lo que había hecho y se sintió orgulloso de sus logros. Sonrió. Realmente no tenía tanta importancia, ya encontraría a la chica apropiada. Fue a buscar agua para el bambú.

La nueva observaba por el amplio ventanal al pequeño *Capreolus* rumiar su desayuno con parsimonia. A los herbívoros, las plantas extraterrestres parecían gustarles tanto como las terráneas. Algunos años atrás, lllora jamás se habría preguntado qué sentiría una planta mientras la devoraban; ahora tenía que replantearse su visión vegetal y había dejado de comer vegetales frescos, a excepción de las frutas, claro.

Era una mujer tipo, de origen étnico variado: tez morena aunque no muy oscura, ojos intensamente negros y pelo oscuro y enredado. Era la última incorporación y a ella se le había asignado la tarea de la guarda y mantenimiento de los herbívoros. Estaba bajo el pupilaje de Annette. Esto significaba que debía obedecer todas las ordenes que Annette le diera y que incluían el transporte de café el abastecimiento de agua de diseño.

Annette entró resuelta, sonriente y con su maquillaje bien cimentado.

—¿Qué tal van los herbívoros, lllora?

—No hay cambios aparentes —informó lllora—. Cérvidos, roedores, equinos, bóvidos, caprinos y demás. No hay indicios de que la dieta extraterrestre afecte a su comportamiento ni a su salud —llora permaneció pensativa—. Tampoco hay reportes de que la fauna salvaje haya sido afectada de alguna forma en sus respectivos ecosistemas. Ni para los carnívoros.

—Bien. —Annette se sentó en el ordenador y abrió algunos programas estadísticos. Fijó su atención algunos minutos en la pantalla antes de volver a prestar atención a Ilorra. —Selecciona algunos especímenes de cada familia, sacrícalos y hazles la necropsia.

Ilorra asintió sin palabras. Abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Tomó aire y lo intento de nuevo. Nada.

—¿Hay algún problema? —La voz de Annette salió de sus espaldas sin ni siquiera girarse para mirar a Ilorra. No esperó la respuesta y le dio un largo trago a su botella de diseño antes de arrojarla a la basura. Ilorra siguió su trayectoria.

—No... ninguno, solo que pensaba que ya llevo tres meses aquí y me preguntaba cuándo podré retomar mis estudios sobre la capacidad de estas plantas para comunicarse.

Annette se volvió y miró seriamente a Ilorra. Tardó unos segundos eternos en contestar, y trato de expresarse con cuidado.

—Ilorra... aquí los chicos como vosotros vienen a hacerse mayores. Esta es una institución puntera, con trabajos vanguardistas. Hay áreas, aún no investigadas, que merecen mucha más atención, mayor prioridad que ese... ese en el que trabajabas. Debes avanzar.

Annette miró a Ilorra con mirada condescendiente y le dedicó una sonrisa que quería decir "no pasa nada, cualquiera tiene un tropezón."

—¿Quieres agua? —ofreció Annette, mostrando su nueva botella. Era su forma de buscar concordia. —Es de mineralización débil. Hidratarse ayuda a mantener la belleza.

—No, gracias Annette —Ilorra sonrió débilmente—. Voy a seleccionar a los animales.

Ilorra no fue directamente al hábitat, sino que fue a visitar Sin Tao. Necesitaba otro tipo de contacto humano que no fuera el de su jefa, necesitaba que alguien la entendiera. No tenía claro que Sin Tao fuera el contacto humano que necesitaba, pero de todo el grupo, era el que más se acercaba. Entró en el laboratorio con cierta confianza y se sentó esperando pacientemente que Sin Tao terminase su tarea con el microscopio, anotando todo lo que observaba. Por fin Sin Tao se dignó a mirar a su compañera. Los ojos de esta brillaban. Una idea

fugaz pasó por la mente de Sin Tao: una mujer hermosa, exótica, sus curvas mostraban su capacidad reproductiva, una mente plástica. Lo único que no convencía a Sin Tao era algo instintivo y educativo: su impureza étnica. Pero pensándolo mejor, racional y científicamente las mezcolanzas genéticas constituían los mejores especímenes, los que aportaban mejoras a la especie. La sonrió de una manera muy franca.

—¡Hola Ilorra! ¿Por qué me traes esa cara de susto?

—No sé cómo soportáis a esa Barbie. Es de ese tipo de personas que a pesar de ver con sus propios ojos como los caprichos y privilegios han acabado con los recursos de la Tierra, continúan utilizando envases desechables.

—¿Hablas de Annette?

—¿Conoces a otra Barbie?

—Vaya, sí que estás enfadada. ¿Qué te ha hecho ahora? ¿Te ha hecho planchar sus batas?

Ilorra suspiró.

—Creo que las plantas nuevas pueden comunicarse con nosotros.

Sin Tao miró a Ilorra sin saber qué decir. Echó hacia atrás la espalda y adoptó una postura de escucha.

—Tú ya me entiendes, de una forma primitiva, ya sabes. Creo que pueden transmitirnos mensajes, mensajes simples, y creo que pueden entender los nuestros.

—Es posible, Ilorra —concedió Sin Tao—. Es lo que decía Pokorof.

—¿Y por qué ya no trabajamos en ese campo?

Sin Tao se encogió de hombros.

—¿Te apetece tomar luego un café, cuando salgamos?

La lluvia caía suavemente aquella noche sobre el parabrisas del coche, mientras Pokorof repartía su atención entre la carretera y los pechos generosos de su última adquisición. Era una morena no muy alta, de ojos grandes y castaños, y cara ovalada y pequeña. Una jovencita ataviada para la conquista. Charlaban animosamente con el fondo del leve zumbido

del motor eléctrico de aquel pequeño todoterreno con interiores diseñados para cierto lujo y confort.

—... no me puedo creer que no te hayas enterado por los medios —decía Pokorof con cierto aire festivo—. El incremento de oxígeno ha sido muy bajo, solo un 0,03 por ciento. Pero lo más significativo ha sido la disminución de dióxido de nitrógeno y de carbono, anhídrido carbónico y de los sulfuros, que estaban muy altos. ¡Una disminución de hasta un diez por ciento! ¡Y eso en apenas cinco años desde la llegada de las plantas!

—Bueno sí, claro, ya sabía que el aire estaba mejor —se defendió la morena.

—Claro que sí —sonrió Pokorof, aprovechando otra mirada de soslayo al pecho de la morena.

Pokorof sabía explotar su don con ese tipo de mujeres, a las que les encantaban aquellos hombres que parecían saber muchas cosas y que, a la vez que las ilustraban, no las trataban como si ellas fueran idiotas. Las deslumbraba a la vez que las hacía sentir cómodas. Solía encontrarlas en los jardines privados de la Mansión Vegas. Era este un recinto donde se organizaban fiestas exclusivas para la gente joven y guapa, o bien adinerada, o bien ambas. Era un secreto a voces que en aquellas reuniones se propiciaban encuentros sexuales de diversa naturaleza. Pokorof, un hombre que no aparentaba su edad, bastante atractivo, que había cuidado con esmero su cuerpo y su mente, era bien recibido entre la pléyade de jovencitos, satisfacía con gusto sus instintos de cazador y colmaba sus deseos de sentirse admirado y de superar a otros machos más jóvenes.

Era evidente que, a diferencia de Sin Tao, a Pokorof no le preocupaban demasiado los convencionalismos sociales, aunque muchos no dudaban en señalarle que eso sería su final. Y sin embargo, más tarde, cuando el glamour había desaparecido, se sentía culpable de tanta frivolidad. Suspiraba en su soledad. Por el momento, solo estaba a gusto con aquella forma de vida.

El todoterreno eléctrico encaró la cuesta que daba a la sencilla casa de Pokorof. Seguía manteniendo una jovial charla con la morena, en donde básicamente solo hablaba él y ella le respondía con una melódica risa y un

movimiento nervioso de melena. Aparcaron en el garaje. Pokorof apretó el botón que constituía la llave del coche, y que en el garaje venía a significar parada y abastecimiento por medio de conexión a la red eléctrica mediante un enchufe automático. Tomó a la morena de la cintura y la condujo hasta las escaleras que daban a la casa. Ella no opuso resistencia y por el contrario, pegó su cuerpo más a él.

—La casa no es gran cosa. Muchos piensan que los científicos tenemos sueldos astronómicos, pero no es verdad. —Pokorof empezaba a dejar su mano libre para explorar sin que encontrara muchos impedimentos—. Vamos, ven, lo prometido es deuda.

La morena se abstuvo de hacer comentarios demasiado explícitos. Encontró que los monosílabos de mediana sorpresa y las sonrisas dentadas eran bastante para complacer a su acompañante.

—El invernadero está por aquí.

Pokorof guió a su acompañante hasta el invernadero. El edificio de cristal se veía limpio y cuidado. Su planta ocupaba casi lo mismo que la de la casa y tenía bastante altura. Pokorof accionó el interruptor eléctrico y una luz artificial muy brillante inundó el ambiente de una forma consecuente y agradable. En el interior del invernadero había una gran variedad de plantas, verdor que casi alcanzaba el techo, hojas grandes y turgentes, pequeños arbolitos y tupidos arbustos. Todos bien cuidados y esplendorosos. El invernadero lucía una armonía inexplicable.

—¡Vaya! —exclamó la muchacha—. Veo que te llevas el trabajo a casa.

—¡No creas! —rió Pokorof, capcioso—. Tengo bastante ayuda. Pero lo que tienes que ver está por aquí. Ven, acompáñame.

La guió por pequeños senderos de suelo metálico que separaban el mundo vegetal del humano, hasta un pequeño habitáculo del invernadero. Lo que la chica vio entonces la asombró e impresionó hasta el extremo: ante ellos se abría una humilde planta arbustiva de hojas grandes lanceoladas y sobresaliendo entre ellas, múltiples flores, enormes y preciosas, de una combinación colorida casi imposible: morados, azules y rosas pálidos se repartían en los cuatro grandes pétalos, dos grandes y dos pequeños, en forma de lengua.

Del centro de la extraña flor salía un tubículo alargado, de color azul intenso, recubierto de fina pelusilla, suave al tacto y olor tremendamente agradable. Pokorof observó a la chica.

—Esto es algo que poca gente ha visto —dijo—. Todo parecía indicar que las plantas alienígenas se reproducían de una manera extraña, sin flores. Pero mira esto, parece que sí son capaces de florecer —Pokorof observaba el efecto de sus palabras en la chica—. Y esto ocurre aquí por primera vez, para tus ojos.

Era mentira. Al cabo de cuatro años de no observar ningún tipo de flor alienígena, hacía un mes se habían recabado informes y elaborado artículos sobre la presencia de flores similares en algunas zonas tropicales. Esta planta era una adquisición exclusiva con fines de investigación científica.

La muchacha acariciaba las sumidades floridas, una tras otra, con ganas de llevarse una para sí, pero sin atreverse a hacerlo. Estaba hipnotizada.

—Desde el momento en que te vi comprendí que una belleza insólita como tú debía conocer otras formas de belleza insólita, que solo dos formas así pueden comprenderse.

El tono con el que Pokorof enunció esta frase, el contexto, la predisposición de la chica y el alcohol hicieron que el efecto del golpe fuera inmediato. La muchacha volvió su cara hacia Pokorof con los ojos brillantes y los labios ligeramente entreabiertos. Pokorof no desaprovecho la ocasión y se lanzó sobre ella, dando rienda suelta a todo su deseo.

Después del sexo, Pokorof durmió aquella noche como un bendito. Su despertar al amanecer fue distinto. Como siempre que se despertaba con un bulto a su lado al que no estaba acostumbrado, sintió una inquietud inicial, que después se disipó con el recuerdo. Se removió desperezándose. Había estado bien, pero era hora de continuar con sus asuntos. La chica morena se volteó despierta para saludar a su compañero.

—Buenos días —Dijo con una sonrisa perezosa. Tenía los cercos de los ojos negros debidos al maquillaje corrido.

Pokorof le devolvió una sonrisa indolente.

—Buenos días —y procedió a levantarse

animado—, ¿tienes hambre? No tengo mucha comida, pero hay una cafetería aquí cerca donde hacen unas tortitas de lujo.

La verdad es que las tortitas le daban igual. Normalmente mantenía sus ligues durante un par de semanas. Le gustaba prolongar la sensación eufórica de la conquista y lucir su triunfo. Pero esta vez, lo único que quería era que la chica desapareciera para que él pudiera continuar con su vida. Y pensó que para empezar tenía que sacarla de su casa. Una amarga sensación de culpabilidad se le asentó en el estómago.

—O a lo mejor podríamos quedarnos en la cama un rato más —dijo la morena, destapando sus atributos y contoneándose lasciva sobre la cama. Pero los restos de su maquillaje le quitaban encanto.

—Uy, no creo que nos dé tiempo. Hoy tengo el día muy atareado —Fue la excusa más rápida que encontró Pokorof.

La chica lo miró asombrada unos segundos, con los ojos muy abiertos, como tratando de decidir si de verdad le estaba diciendo que la rechazaba. Insistió en sus contoneos.

—Pero si hoy es domingo. No creo que haya nada que no pueda esperar hasta el lunes.

—Perdona, pero te digo que tengo trabajo. ¿Acaso crees que llevo una vida disoluta? Todo lo que poseo lo he conseguido con mucho esfuerzo y trabajo.

La chica parpadeó confusa. El tono con que Pokorof había pronunciado esta última frase resultaba algo amenazador. Una vaga sospecha comenzó a iniciarse en su mente. ¿Estaba tratando con la misma persona que ayer mismo era tan simpática y atenta?

—No pretendía insinuar nada —dijo por fin—, es solo que no estoy acostumbrada a tratar con gente que trabaja en domingo.

El corazón de Pokorof se ablandó un poco por el peso de la culpabilidad. Aún así, quería que el rito de despedida terminase ya. Suspiró pesadamente.

—¿Vamos a esa cafetería?

Durante el desayuno Pokorof se mostró callado y reservado, mientras que para la chica, ya arreglada y dispuesta para la sociedad, era evidente que debía frenar su entusiasmo. Ella

esperaba algo más que un encuentro de una sola noche, pero Pokorof le daba poco donde agarrarse. La tensión se estiró tanto, que acabó rompiéndose. La cosa acabó mal. Más gritos, reproches y lágrimas por parte de ella. Se fue de la cafetería y Pokorof supo que no volvería a verla.

El camino de vuelta a casa fue penoso y angustioso. Esta chica no era peor que otras. Todas solían resultarle... simples. Las toleraba bien durante un tiempo. Pero ahora sentía que esa tolerancia iba disminuyendo. Lo primero que hizo al llegar a casa, fue sacar su esterilla y meditar. Le gustaba hacerlo en el invernadero, en aquel habitáculo con suelo de linóleo donde ahora se situaban las flores. Comenzó por unas posturas de yoga. Respiración... concentración... respiración... percepción del mundo que lo rodeaba... búsqueda de la conexión con él y desconexión de los fantasmas que acechaban su mente.

Y cuando consiguió vaciar su mente, una voz clara surgió en su oído: "El secreto está en procurar no dañar a nadie. Ni siquiera a ti mismo."

Pokorof abrió los ojos con brusquedad, casi asustado al comprobar que allí no había nadie. Imposible en domingo. Su cuerpo permaneció inmovilizado mientras sus ojos buscaban una respuesta plausible. Allí no había nadie. ¿Estaría volviéndose loco? ¿La culpa le trastornaba? Miró al arbusto floreado, la joya de la corona. Algunas de sus flores se cerraban, se replegaban sobre sí mismas; otras en cambio se abrían, algunas hojas se movían hacia el sol y otras se retorcían hacia el suelo. La planta se estaba moviendo visiblemente.

En los últimos centenares de años la humanidad había conseguido tales avances que, valorados por un ente objetivo, resultaban bastante asombrosos. Más que nada, por la velocidad a la que se habían alcanzado. Y sin embargo, cambiar la mentalidad de la humanidad resultaba más lento y complejo que cualquier avance en el desarrollo de la civilización. La mentalidad humana era como un barco que navegaba en un amplio mar, y al que se le había advertido que para su supervivencia debía cambiar el rumbo de forma radical e ir en dirección opuesta. Un barco enorme no puede girar 180 grados sin más:

debe primero reducir su velocidad y, a menor velocidad, trazar un amplio círculo en el mar para alcanzar el rumbo deseado.

Así, la política ecológica y de equilibrio de la Tierra debía cambiar su rumbo radicalmente. Pero los humanos apenas habían comenzado a girar. Habían conseguido disminuir un tanto la emisión de gases nocivos, pero no conseguían hacerse aún con la génesis y gestión de los residuos: los humanos no eran capaces de renunciar a, o mejor dicho, de reinventar sus privilegios y comodidades.

Las causas eran variadas, y todos éramos culpables. Para una civilización más avanzada cuya intención era ayudar, debía de ser muy desalentador ver que la humanidad se esforzaba muy poco por proteger su propio mundo.

Dado que Pokorof, ya considerado un excéntrico por entonces y perdiendo cada vez más respetabilidad, no encontró apoyo entre sus colegas de cierto status, buscó a Annette para realizar los trabajos que él quería retomar. Eran aquellos trabajos que tanto habían impresionado a lora en su juventud, que Pokorof había iniciado tiempo atrás y que trataban sobre la capacidad comunicativa/perceptiva de las plantas alienígenas.

Les llevó algunos meses ponerse en marcha: recopilar bibliografía, diseñar experimentos y recabar opiniones. También algún tiempo más para que los esfuerzos de Annette resultaran algo productivos.

Durante ese tiempo, las plantas alienígenas comenzaron a mostrar patentes señales de capacidad de florecer. El mundo entero se había llenado de color con la presencia de estas flores y este misterio constituía para los científicos una esperanzadora e interesante nueva vía de investigación. La moda era cultivar estas flores entre los laboratorios de fisiología vegetal más punteros. Annette bufaba de rabia al no formar parte de esa competencia entre grupos investigadores. ¡Cómo estaban desperdiciando aquellos equipos de laboratorio tan costosos! lora en cambio, estaba exultante. Aquel florecimiento parecía haber llenado de positiva felicidad al mundo entero. Rodeada de todas aquellas hermosas circunstancias concurrentes, en su trabajo con sus expectativas colmadas y en su vida con Sin Tao concediéndole el menor

de sus deseos, su sangre llena de serotonina y feniletilamina, se dejaba llevar por la situación, consciente que en algún momento, tendría que acabar.

Sin Tao y ella habían establecido un régimen de experimentos por los que sometían a diversos especímenes de plantas a diversas situaciones: estrés, oscilaciones térmicas, ruido, pero sobre todo efectos de la presencia de animales en las plantas, y no al revés. Los resultados eran cuidadosamente anotados para su posterior análisis, y con gran deleite para Ilorra y Sin Tao, ya que los resultados eran indicativos de una posible consciencia vegetal. Ilorra había tomado por costumbre hablar a las plantas todos los días, y su sensación subjetiva era que estas le respondían, tanto con sutiles movimientos como con mensajes subliminales. Tendría que pensar en algún tipo de experimento que pudiera probar que las plantas tenían sentimientos.

Un día de principios de primavera, según iba entrando la noche en cada región, todas las flores alienígenas del mundo comenzaron a marchitarse y a caer. En el plazo de un día, todas aquellas flores habían desaparecido de la Tierra. A este invierno floral siguió un marchitamiento de la planta en sí: comenzaron las plantas a adquirir paulatinamente un color amarillento, a doblarse sus hojas sobre sí para caer más tarde, y los tallos perdieron su posición erecta. Las plantas alienígenas morían lentamente.

Para algunos, entre los que se encontraban Pokorof y los miembros más entusiastas de su equipo, aquello fue un auténtico drama. De nada sirvieron todos los esfuerzos por lograr recuperar la vitalidad de las plantas: ni más sol, ni más calor, ni agua frecuente, ni vitaminas y nutrientes, lograron hacer revivir a aquellas plantitas. Morían sin dolor y sin pena, todas a la vez, como si aquello fuera una etapa sin más. Incluso las plantas jóvenes se apagaban y no había plantas nuevas para reemplazarlas.

Un mes después de aquel día de principios de primavera, no quedaba ni una sola planta alienígena en la Tierra. Meses después, empezó a observarse que las plantas terrícolas comenzaban a recuperar sus territorios, sin tanta fuerza como las otras, pero de forma continua.

Y un día, los alienígenas sorprendieron al mundo con un comunicado. Pokorof, Annette, Sin Tao e Ilorra sintonizaban la interfaz del comunicado alienígena en el equipo de comunicación común.

"A veces los dones que se nos ofrecen son algo pasajero que hay que saber compartir, pero que quien los recibe también debe saber apreciar y aprovechar. Después de largos debates, hemos concluido que aún no estáis preparados para entender determinados axiomas. Pero lo estaréis, todo es evolución. No penséis que os abandonamos. Las oportunidades únicas no existen. Estaremos por aquí."

El alienígena, de forma humanoide pero cuyos caracteres faciales, si es que los tenía, ocultaba tras una especie de máscara flexible, meneó la cabeza en un gesto típicamente humano. Era evidente que todo su aspecto, morfología y movimientos estaban pensados para no intimidarnos.

"Pero hay cosas que solo se pueden aprender por uno mismo."

Muchos decían que la Tierra nunca moriría. En todo caso, seríamos nosotros los que pereceríamos. Con una longevidad estimada por delante de unos cinco mil millones de años, habría tiempo de generar muchas formas de vida.

Ilorra cerró los ojos, suspiró y tragó sus lágrimas. El futuro era incierto. Siempre lo fue. Lo único que sabía, que había aprendido de las plantas, es que todo es etéreo y perecedero. Pasara lo que pasara, siempre había que seguir adelante.

Política galáctica

Juan Ramón Segura

El pequeño Muddy alternaba su luminiscencia entre el ámbar y el violáceo, en claro gesto compungido. Temía que su padre le reprendiera por hacerle unas preguntas tan sencillas aunque sabía que su progenitor disfrutaba de ponerlo entre sus cilios, acunarlo en su vacuola y adoctrinarle pacientemente sobre las cuestiones que le planteaban en la escuela.

Mientras este se recostaba en su piedra favorita, absorbiendo su calor y desparramando su cuerpo por encima de la misma, observó a su pequeño deambular de forma dubitativa y tímida delante de él.

—¿Qué me quieres preguntar Muddy?
—Y el niño levantando el tentáculo en el que estaba situado su ojo respondió:

—Es sobre la historia galáctica de los primates de la antigua tierra. Hay algunas cosas que no comprendo... no me parecen... lógicas.

—Ja, ja, ja —rio su padre—. No tienes por qué avergonzarte pequeño Muddy, nunca fueron una raza lógica del todo. No te avergüences por ello. Es normal que no entiendas sus bárbaras costumbres. ¡Pregunta! ¡No te cortes! —Y estirando parte de su blanda estructura corporal engulló a su retoño por un lado de su cuerpo y lo sacó por otro, sentándolo en su regazo.

—Pues verás papá, da la impresión de que sus líderes eran menos inteligentes que el resto de ciudadanos que los elegían. Lo de la democracia era una idea muy avanzada para sus pobres intelectos... pero la forma en la que la llevaron a cabo no me cuadra. Los hombres más poderosos de la tierra parecían estar MUY por debajo de los estándares de inteligencia medios. —Su progenitor sonriendo de forma comprensiva respondió:

—¿Crees que realmente gobernaban ellos o los poderes ocultos y asesores que estaban detrás de los mismos? —A lo que el hijo quedó pensativo.

—A estos gobernantes o líderes —prosiguió el padre— se les convencía en ocasiones de que lo estaban haciendo bien e incluso se les premiaba por ello, mientras los que estaban a sus espaldas manejaban la situación siempre en su propio beneficio. ¿Ya sabes cómo terminó la antigua tierra verdad? —El niño volvió a oscilar de luminiscencia (intentando ocultar su desconocimiento) y el comprensivo padre elevó su cristal visualizador por los aires—. ¡Mira! Esos trozos de roca flotando alrededor de esa estrella gigante es lo que queda de su planeta. —Y Muddy soltó una burbuja, expresando sorpresa.

—¿Cómo no se dieron cuenta de que sus líderes eran meras marionetas y los estaban engañando?

—Hay varias teorías sobre eso: unos dicen que gracias a lo que llaman dinero se silenciaban muchos comentarios, otros que hubo algunas “trampas” en la forma en las que eran seleccionados estos líderes y (con la que estoy más de acuerdo) es que la mayoría de la población que los elegía también tenía un cociente intelectual muy bajo y, por tanto, eran fáciles de manipular. La bajada del nivel educativo por parte de los que realmente manejaban la política influyó para que la masa no tuviera la cultura suficiente para discernir qué votar.

—Y... ¿por qué no llegaron a adoptar un sistema como el nuestro, basado en un ordenador que seleccione al más cualificado y honrado para gobernar durante un tiempo?

—Pues porque no tuvieron tiempo para que el desarrollo tecnológico les brindara una oportunidad como esa. Yo siempre tuve la esperanza de que evolucionaran, se fusionaran con sus máquinas o se dieran cuenta de que estaban destruyendo su propio planeta con esas emisiones tóxicas de sus fábricas. Incluso, cuando cambió el clima, sus líderes continuaron enriqueciéndose a costa de acabar con la atmósfera. Fue una pena. Me divertían esos primates. Eran tan...raros y graciosos.

—Por eso salvamos a algunos y los metimos en nuestro zoo. —Fue entonces cuando Muddy comenzó a parpadear de emoción.

—¿De verdad que quedan humanos?

¿Humanos vivos?... y... y... ¿puedo verlos, papá?

—Ja, ja, ja —rio de nuevo su progenitor—. ¡Claro que sí! —Volvió a elevar el cristal y de este salió un holograma que presentaba a varios cuerpos de la especie homínida tendidos en unas camillas, conectados por cables, llevando extraños cascos.

—Papá —dijo Muddy decepcionado—, ¿no se mueven, ni hacen nada?

—No Muddy, los mantenemos en una simulación viviendo vidas de sus congéneres una y otra vez; hasta que ellos mismos encuentren una solución y sepan coexistir con su entorno. Si los dejáramos en un hábitat adecuado para ellos, al cabo de los siglos, su desmedido egoísmo y estupidez acabarían destruyéndolos de nuevo. Sin embargo, yo no pierdo la esperanza. El Consejo dice que es un gasto innecesario y que esa especie no debería de continuar existiendo pero creo que tendríamos que darles una última oportunidad. ¿No lo crees pequeño Muddy?

—¡Claro que sí, papá!

—A ti también te gustan, ¿no?

—Sí papá... es que... ¡son tan raros! —Y ambos intercambiaron un metabolito en señal de amor.

*Reproducido bajo copyright:
9KFV-A2ZU-6AZI-KCPC*

Hastío

Belén Fernández Crespo

Todo este hastío comenzó con la mordedura de una ardilla. El pobre excursionista no le dio importancia, se curó la herida y siguió con su paseo. Quién le iba a decir que esa decisión iba a causar este cataclismo mundial...

En las primeras fases del nuevo virus RS1H0 (Rabid Squirrel 1-Hiker 0), éste permaneció completamente asintomático, contagiándose de forma aérea, y viajando a gran velocidad por todo el mundo. Pasado un mes, se desató el Apocalipsis: las personas infectadas se volvieron violentas. Sentían unas ganas irrefrenables de morder al resto de seres humanos. Con la confusión inicial, era fácil que un *zombie* los pillara por sorpresa y los desgarrara la yugular, dejándolos muertos sobre el pavimento.

Una vez que una persona pasaba a la fase *zombie* de la enfermedad, ya no era contagiosa. No se sabe por qué algunas personas eran inmunes y otros no, pero tras un tiempo nadie más fue infectado. La población terminó tan mermada que sólo quedamos un tercio de vivos, y otro tercio de *zombies* que no han sido eliminados por el ejército o los grupos vecinales.

Después de dos años, los que seguimos en este mundo luchamos por seguir con nuestras vidas intentando que los *zombies* no nos den mucho la lata. Ya nos conocemos muy bien, demasiado. Y es que son unas auténticas "moscas cojoneras" que están dando día y noche la murga.

Hay un *zombie* al que mi hijo llama Frankie porque ya tiene un color muy verdoso, como Frankenstein, que siempre anda por el barrio. Algunas noches le da por ponerse a gruñir y dar vueltas debajo de nuestra ventana y no para... No hay quien duerma. ¿Quién se levanta a las 5 de la mañana para ir a trabajar al día siguiente? El otro día pillé a Carlos, mi hijo, tirándole un filete de ternera por la ventana y le castigué. ¿Cómo vamos a librarnos de Frankie y sus noches en vela si le alimenta? Un *zombie* no es un perro. Tampoco puedo culpar a Carlos, ya

que no queda ni un solo animal que se pueda tener como mascota porque los *zombies* se han comido todo lo que anduviera suelto y fuera susceptible de ser alimento: perros, gatos, pájaros, peces...

Con la disminución de la población, los típicos atascos habían terminado. ¡Qué relax llegar al trabajo de un tirón! Pero nos duró poco. Los *zombies* van andando sin control por todas partes en busca de comida, y a veces se meten por la carretera. Siempre hay *zombies* atropellados tirados por la calzada a los que hay que andar esquivando para no destrozar los bajos del coche, o *zombies* que deambulan y se lanzan contra el parabrisas, a los que no hay más remedio que atropellar. Con tantos partes cada vez tengo que pagar más por mi seguro a terceros (ya desistí de tenerlo a todo riesgo).

Es un tostón tener que llevar siempre un bate de béisbol o un instrumento contundente con el que defenderte si algún *zombie* te ataca cuando vas andando. Pesan muchísimo y además tienes una mano ocupada. No hay quien salga a dar un paseo relajado: se oye su gruñido característico (anda que intentan disimular), miras a tu alrededor y ves un *zombie* que va despacito, despacito hacia donde tú estás, pensando que vas a ser parte de su almuerzo. Coges el bate, te preparas... Y ¡hala! Otro *zombie* espachurrado más. Me dan pena los que trabajan en la patrulla de limpieza: no paran de higienizar y desinfectar zonas, porque los *zombies* lo dejan todo perdido de podredumbre y pus.

En resumen, ésta es nuestra vida. Dicen que el ser humano es muy versátil, porque logra adaptarse a todas las circunstancias... ¡Qué remedio! Tengo la esperanza de que llegará un momento en el que logremos librarnos de los *zombies* que quedan y podamos vivir nuestra estresante existencia de siempre con su agobiante operación bikini, sus molestos móviles, y sus incómodos números rojos. Justo igual que antes de que ocurriera este tedioso desastre mundial.

El hombre olvidable

Ismael Rodríguez Laguna

La enfermera recogió el bebé que se había acabado de encontrar en la sala de partos, pero lo olvidó en la sala de neonatos. Otra enfermera, que se disponía a dar biberones allí, no esperaba a ese otro bebé, pero lo alimentó como a los demás y se olvidó inmediatamente del tema, y así un día tras otro. Cuando pasaron los días y fue obvio que el niño ya no era un recién nacido, una doctora que lo encontró lo llevó a pediatría para preguntar por él, pero lo olvidó allí. Al verlo llorar, la recepcionista de pediatría se preguntó qué madre habría olvidado allí a su bebé. Entonces lo alimentó, pero poco después se olvidó de él, hasta que volvió a verlo un rato después y volvió a preguntarse qué madre habría olvidado allí un niño.

Y así se crió el niño en la sala de espera de pediatría, entre la recepcionista que lo alimentaba y lo olvidaba a cada rato, y los padres de los demás niños, que le hacían monerías preguntándose indignados cómo su madre podría haberse alejado de un niño tan pequeño, aunque fuera sólo por un momento, hasta que poco después lo olvidaban. Tratado por cientos de padres diferentes que lo olvidaban inmediatamente después, aprendió a andar. Aprender a hablar le costó más, pues nadie parecía recordar cualquier cosa que intentase decir al cabo de un minuto. Como sus balbuceos no tenían ningún efecto a largo plazo, su interés por aprender a hablar disminuyó.

El niño recorría el hospital a su antojo, pues la gente no se preguntaba durante demasiado rato por qué había un niño correteando solo, ya que se olvidaban pronto del tema. Robaba comida de la cafetería del hospital. Cuando era muy pequeño, los cocineros transigían entre sonrisas, inconscientes de que aquel niño hacía lo mismo todos los días varias veces al día. Cuando ya era más mayor, comenzaron a echarle reprimendas, pero jamás como si le considerasen reincidente, pues nunca lo

recordaban.

La escasa capacidad de comunicación oral del niño no incluía el don de la conversación, pues al cabo de un minuto nadie recordaba nada que hubiera dicho. A su vez, era un niño consentido, pues sabía que, por grave que fuera lo que hiciera, por fuerte que le gritasen tras hacer una trastada, se olvidarían de él en apenas un minuto. La gente rara vez se atrevía a azotar a un niño desconocido, y en ningún caso recibía castigos a largo plazo.

El niño consentido aprendió a tomar para sí mismo lo que le viniera en gana. Robaba objetos y los escondía en el sótano del hospital, detrás de un montón de cajas que nadie recogía nunca. Al llegar a la adolescencia, empezó a manosear a otras chicas, y luego fue a más. Nunca recordaban a su agresor. Nunca la policía se fijaba en él durante más de un minuto. Aún así, al chico no le gustaba que los agentes merodeasen mucho por allí, así que cada cierto tiempo decidía portarse mejor.

En cualquier caso, con el tiempo las autoridades acabaron cerrando el hospital, incapaces de entender por qué, tras cambiar al equipo directivo varias veces, los actos de vandalismo, robos y asaltos sexuales se seguían sucediendo sin control. Con el cierre del hospital, el chico se fue de él.

El chico llegó a tener una comprensión total del lenguaje, aunque las motivaciones de aquellos que lograban ser recordados a veces se le escapasen. Había considerado su capacidad de ser olvidado como un don, una bendición. Pero un día se fijó en una chica, en una determinada, y por primera vez en su vida le frustró no poder ser recordado. Se había enamorado. Sabía que podría *tenerla* cuando quisiera pero, por algún motivo, no quería tenerla así. Comprendió por primera vez, o quizás le importó por primera vez, que sus actos hacían sufrir a otros.

Trató varias veces de presentarse ante ella, pero era obviamente en vano. No importaba lo bien o mal que lo hiciera, siempre que se presentaba ante ella lo hacía por primera vez, y al cabo de un minuto nada de lo que hubiera hecho importaba.

El chico comenzó a mandarle cartas de amor anónimas. Ella era capaz de recordar

todas las cartas recibidas durante meses, y llegó a sentir curiosidad por el pretendiente misterioso que las mandaba, que aparentemente sabía tanto de ella aunque ella no pudiera recordar a nadie que pudiera saber tanto. Ella se emocionaba cada vez que él se presentaba ante ella como el autor de las cartas, y por un breve instante, surgía una chispa de ella hacia él, una chispa que un minuto después desaparecía, como siempre, cuando era incapaz de recordarle, como todo el mundo.

Harta de que durante años su misterioso pretendiente epistolar no se le declarase en persona, un día la chica se echó un novio. Cegado por los celos y la rabia, el chico mató a su novio en un callejón oscuro. Había pegado a la gente antes, pero nunca había matado. Dolido consigo mismo y contra el mundo, después violó a la chica, a su gran amor. Poco después pensó en suicidarse, pero finalmente no lo hizo.

La chica se quedó embarazada y, por algún motivo, decidió que tendría el bebé. El chico la observaba cada día.

Cierto día, la chica rompió aguas y entró en el paritorio. Salió del paritorio sola, sin un bebé en sus brazos. El chico se preguntó si habría habido alguna complicación, si habría abortado. El chico descubrió que la chica tampoco sabía qué había pasado ahí dentro, ni tampoco lo sabía la ginecóloga que había asistido en el parto, ni las enfermeras.

El chico buscó a su posible hijo o hija en el hospital, pero no encontró nada.

Años después, oyó a los cocineros de aquel hospital decir que les estaba desapareciendo comida, y el chico sonrió.

La gran disciplina ausente en la literatura de ciencia ficción: la química

R. Campoamor Stursberg

Es incuestionable que, al margen de las leyes físicas cuyos efectos todo el mundo experimenta en su quehacer diario, aunque sea de manera subliminal e inconsciente, la química juega un papel igualmente central y relevante, que determina el desarrollo o colapso económico e industrial de los diferentes países, así como marca el bienestar o la miseria material de la población. Desde las industrias textil y alimenticia, pasando por los fertilizantes usados en la agricultura, la petroquímica, la metalurgia, los polímeros y otros materiales sintéticos, hasta los cosméticos, perfumes y fármacos, prácticamente cualquier sustancia que manipulamos diariamente está íntimamente ligada a la química. El llamado progreso, al margen de otras innovaciones sociales, se basa fundamentalmente en la eclosión decimonónica de la industria química, con todas las connotaciones negativas que dicho desarrollo nos ha legado, de las cuales la más importante es la contaminación medioambiental, un problema probablemente irresoluble debido a sus laberínticas implicaciones políticas y financieras, así como a las contradicciones éticas tan características del antropocentrismo. Todo ello convierte a la química en una disciplina ambivalente, fascinante para unos y minusvalorada e incluso despreciada por otros, aunque indispensable para la subsistencia de todos, o bien, en un contexto más frívolo, para la fabricación, mantenimiento y desarrollo de dispositivos de distracción masiva publicitados como irrenunciables para la realización personal. Ante esta indispensabilidad de la química en la sociedad contemporánea, resulta chocante, o cuanto menos llamativo, que la representación de esta ciencia en la literatura de ciencia-ficción sea, al menos desde el punto de vista formal, sumamente

escasa.¹

Así como las ciencias físicas han sido, desde el comienzo, la ciencia por excelencia del género, barriendo el espectro desde el esperpento aventurero-circense de las operetas espaciales del tipo *Skylark* o *Triplanetario* de E. E. "Doc" Smith (incidentalmente, un ingeniero químico), pasando por las acertadas aunque asépticas y efímeras alusiones de una mayoría de autores, hasta llegar a las minuciosas y en ocasiones exquisitamente precisas descripciones de autores como G. Benford (*Cronopaisaje*), A. C. Clarke (*Las fuentes del paraíso*), H. Clement (*Misión de gravedad*), R. L. Forward (*El mundo de Roche*), H. W. Franke (*Zona Cero*) o C. Sagan (*Contacto*), por citar sólo unos pocos, la química, con toda sus ramificaciones en las demás disciplinas y su casi inagotable potencial de combinaciones, ha constituido, por causas no del todo claras o convincentes, la gran cenicienta del género, y tan sólo encontramos de ella trazas dispersas en uno u otro relato o novela, si exceptuamos la bioquímica y las químicas medioambiental y planetaria, donde nos topamos con obras muy notables que las presentan con un lujo de detalles, coherencia y credibilidad científicas sumamente inusuales. Como representantes de esta tendencia, que mezcla la ficción propiamente dicha con los recientes avances técnicos y científicos en el momento de ser escritos, destacamos *The Greening of Mars* de M. Allaby y J. Lovelock, *La amenaza de Andrómeda* de M. Chrichton, así como la impresionante y químicamente precisa trilogía de *Marte rojo*, *Marte verde* y *Marte azul* de K. Stanley Robinson.

Habrà indudablemente quién discrepe de esta opinión, observando que, si bien la química no figura como exponente central de la argumentación, sí lo hace uno de sus múltiples

tentáculos interdisciplinarios, la farmacología, un elemento omnipresente en la obra de diversos autores, con Philip K. Dick y sus pseudo-realidades simultáneamente coexistentes plenas de ambigüedad, crisis existencial y delirios místicos a la cabeza (*Ubik*, *Una mirada a la oscuridad*, *Valis*, *La transmigración de Timothy Archer*). Existen en este sentido varios precedentes, uno debido al siempre innovador H. G. Wells (*El nuevo acelerador*), en el que una droga milagrosa tiene la notable propiedad de ralentizar el tiempo del observador, de modo que éste puede, vulnerando todas las leyes de la urbanidad y decencia, perpetrar todo tipo de tropelías y crímenes sin que pueda ser apenas atisbado por sus atónitos conciudadanos. Otros muchos relatos, más o menos célebres, hacen alusión directa a drogas o fármacos en torno a los cuales, o más precisamente, a sus consecuencias, se mueve la trama (*El hombre invisible* de H. G. Wells; *Un mundo feliz* de A. Huxley; *No hay lugar en la Tierra* de L. H. Charbonneau; *Congreso de futurología* de S. Lem; etc.), pero generalmente, en estas obras los autores se centran principalmente en el aspecto sociológico o psiquiátrico de la cuestión, sin proporcionar sustanciosos detalles como la estructura, sintetización y metabolismo de dichos fármacos, que pasan a un plano secundario. El trasfondo de muchas de estas historias es una reflexión sobre el uso indebido de los descubrimientos científicos, preocupación legítima que se convirtió en una certidumbre a partir de 1914, fecha en la que la ciencia se transforma de una gratificante actividad intelectual y experimental en busca de las claves del universo que nos rodea en una potencialmente peligrosa disciplina al servicio de políticas irreflexivas cuya máxima aspiración es sustentar y extender el malestar de una mayoría en beneficio de unos pocos. Este pesimismo anticientífico se verá reflejado después de 1945 en obras que denuncian explícitamente el mal uso de la ciencia (*Nivel 7* de M. Roshwald; *Cántico por Leibowitz* de W. M. Miller).

Al margen de los casos anteriores, un estereotipo bastante extendido del químico en la ciencia-ficción se refiere a la figura trágico-cómica del voluble sabio incomprendido, desquiciado, resentido, obnubilado por fantasías megalómanas o simplemente malévolo que puebla multitud de relatos, sin

incorporar habitualmente dato suplementario alguno como la especialidad concreta del protagonista y/o antagonista, y la relación de ésta con el síndrome que padece. Una excepción muy significativa a esta regla viene dada por la figura de Laszlo Jamf, maquiavélico inventor del "Imipolex G" en la críptica y fundamentalmente pesimista novela *El arco iris de gravedad* de T. Pynchon. El compuesto macrocíclico "Imipolex G" es descrito con gran lujo de detalles, incluyendo su génesis y diversas extrapolaciones realizadas a partir de propiedades ya conocidas de los llamados catenanos, siendo la predicción más interesante la relativa a la posibilidad de alterar sus propiedades como respuesta a estímulos eléctricos, es decir, a actuar como un diodo molecular, una característica cuya posibilidad teórica real fue formulada por Aviram y Ratner en 1974. En este contexto, no debemos olvidar la extraña novela *Krakatit* de Karel Čapek, cuyo título hace referencia al explosivo altamente inestable inventado por el químico Prokop, protagonista de la historia. No obstante, pese a las prometedoras insinuaciones sobre la composición del "krakatit" que se hacen en las primeras páginas, el centro de atención se desvía pronto hacia la mezquina personalidad de Prokop, y el mensaje del libro queda reducido a lo que algunos han calificado como una tenebrosa premonición de los efectos de las armas atómicas.

En una vertiente más próxima al tema principal que nos ocupa, las formas de vida basadas en el silicio (u otro elemento más exótico) tienen una numerosa representación en las obras de ciencia-ficción, aunque a menudo los autores se limitan a indicar que el ente invasor o invadido está basado en compuestos "orgánicos" de silicio, evitando, deliberada o inconscientemente, cualquier precisión adicional sobre su estructura molecular.² Con el fin de exponer algunos casos donde los autores abordan el tema de inteligencias extraterrestres de forma científicamente respetable, recordamos el superorganismo gaseoso de *La nube negra*, una novela sumamente elaborada en la que F. Hoyle anticipa, de alguna forma, su teoría sobre la panspermia, o la no menos impactante *Schild's Ladder* de G. Egan, donde se plantean formas de vida basadas en efectos topológicos del espacio cuantizado. La novela

Solaris de S. Lem, por su parte, constituye un caso especial y difícilmente clasificable, con la descripción de una inteligencia oceánica tan incomprensible y ajena a cualquier concepción de vida orgánica, que los seres descritos en *Edén* se antojan casi familiares.

Pese a la potencial apetencia de describir vida orgánica basada en el silicio, como extrapolación de la tabla periódica de Mendeléiev, la química de este elemento es, analíticamente, mucho menos flexible y versátil que la del carbono, y la anhelada similitud química queda decepcionada por las notorias y significativas diferencias concernientes a la estabilidad de sus compuestos y su alta reactividad con el agua, aunque reemplazando ésta por un solvente como el sulfuro de hidrógeno constituye una alternativa que ha sido propuesta como la adecuada en condiciones atmosféricas adversas.³ Volviendo al silicio, el problema fundamental que éste presenta es la inestabilidad de los enlaces dobles (o más raramente triples), y si bien estos se han sintetizado en laboratorio, requieren una conservación en nitrógeno líquido a -200 °C, que no proporciona muchas expectativas de combinaciones orgánicas en condiciones ambientales no extremas. Otra obstrucción que se plantea a la verosimilitud de organismos de este tipo se debe a las características de los enlaces simples altamente estables silicio-oxígeno, que implicarían, extrapolando el proceso usual de las reacciones metabólicas por el que las células reducen el oxígeno, que un organismo basado en el silicio expelería dióxido de silicio, lo que, en esencia, corresponde a la exótica costumbre de expulsar arena, una interesante alternativa que no parece que haya sido empleada frecuentemente por los autores, pese a que el concepto ya fue considerado en 1934 por Stanley G. Weinbaum en su célebre relato *Una odisea marciana* con las llamativas "exoneraciones de ladrillos". Una extrapolación más compleja de esta síntesis se encuentra en *El cristal malva* del ingeniero químico A. A. Meerov, interesante novela de 1965 en la que el autor especula sobre las posibilidades de organismos artificiales basados en el silicio, entre cuyas características más notables destacamos su capacidad de reproducirse y evolucionar, siendo el críptico mineral color malva el catalizador de todo el proceso. Una

cierta analogía más moderna puede encontrarse en los "keracks" de R. L. Forward (*Camelot 30K*), que expulsan pastillas de uranio con un caparazón de boro, otra extravagante costumbre que finalmente desencadenará la destrucción de estos pequeños e industriosos seres. Aunque dichos ejemplos son meramente imaginarios, no está en absoluto descartado que, en algún lugar lejano, existan formas de vida específicamente adaptadas a su entorno, que con toda probabilidad sean completamente hostiles a la vida basada en el carbono. No debemos olvidar que un factor importante que se añade a nuestra ignorancia es el chauvinismo "biológico", fortalecido por la tradición cultural y nuestra natural indisposición para asumir que no somos el clímax en la evolución del Universo.⁴

Los casos anteriormente expuestos y descritos se refieren tan sólo a una explotación ínfima de las posibilidades que ofrece la química, donde dicha subexplotación en la ciencia-ficción puede deberse, entre otros factores, a su menor grado de espectacularidad comparada con los efectos gravitatorios, las explosiones estelares, las radiaciones ionizantes o los estragos causados por microorganismos, virus y otros seres por el estilo, por citar exclusivamente algunos de los recursos científicos más empleados. Aunque proporcionalmente escasos, los relatos y novelas construidos en torno a un elemento o compuesto químico existen, con mayor o menor grado de precisión científica, si bien no suelen tener la misma repercusión ni ejercen la misma atracción en el lector que los desarrollados en torno a alguna de las posibilidades anteriormente enumeradas. Vale la pena, en este sentido, poner de manifiesto unos pocos ejemplos ilustrativos.

En *Omnilingual* de H. Beam Piper, la tabla periódica de Mendeléiev resulta ser la clave que permite, al estilo de la piedra Rosetta, descifrar la lengua de una extinta civilización marciana, si bien la explotación del sistema periódico es meramente testimonial. Refiriéndonos a elementos concretos, en *El Elemento 79*, F. Hoyle presenta una parodia acerca de las consecuencias económicas del descubrimiento de un nuevo elemento, que, aunque no nombrado explícitamente, todos sabemos que

corresponde al oro, por lo que no es difícil especular sobre la repercusión que tendría un mal uso o una total devaluación del mismo. Por otra parte, el relato *El devorador de calcio*, de H. W. Franke, está dedicado a un ente extraterrestre con el deplorable hábito de absorber el calcio del ambiente, lo que depara algunas sorpresas desagradables a la tripulación espacial que se topa con él. Lamentablemente, no se explicita el mecanismo por el cual el citado ente extrae el calcio, lo que resta credibilidad al asunto. Este mismo elemento es protagonista de otra historia, científicamente más sólida, titulada *La activación del calcio*, del mismo autor. En un plano más ambicioso, la combinación de los procesos químicos y el inextinguible anhelo de visualizar el pasado nos proporciona en *El secreto heleno* y *La sombra del pasado*, ambos de I. A. Efremov, una cierta reflexión sobre la limitación de nuestro conocimiento, y la desazón que produce no poder reproducir y comprender plenamente aquello que nos precedió histórica- y geológicamente. Un raro ejemplo de forma de vida cristalográfica lo hallamos en el relato *La segunda expedición al planeta extraño* de V. I. Savchenko, en el que los descubridores deben desarrollar sutiles dotes diplomáticas para ser capaces de establecer contacto con tan extrañas inteligencias. Finalmente, en la novela *Jirones de oscuridad en la aguja del tiempo*, de E. I. Parnov y M. T. Yemtsev, los autores divagan acerca de las desconcertantes propiedades de un mineral hallado en un planeta llamado Anisatella, entre las cuales destacan su tendencia a sufrir un colapso gravitatorio al ser bombardeado mediante un haz de neutrinos, así como su irritante obstinación a reaccionar de cualquier otro modo.

Al margen de las novelas y relatos, en un extremo opuesto se sitúan los textos paródicos o satíricos que imitan comunicaciones o artículos científicos, y en los se presentan, bajo el auspicio de la seriedad y pomposidad académicas, conclusiones absurdas, disonantes o netamente ridículas, pero tan cuidadosamente elaboradas, camufladas ingeniosamente con argumentos y desarrollos científicamente válidos, que el fraude no es inmediatamente detectable por el lector no íntimamente familiarizado con la materia subyacente.⁵ Un ejemplo de este tipo de chanza puede encontrarse en el artículo

Temporal Chirality de M. J. S. Dewar, presentado en las famosas conferencias Bürgenstock de estereoquímica en 1973.⁶ Las contribuciones de esta índole más populares son probablemente los cuatro artículos sobre la *tiotimolina resublimada* de I. Asimov, sustancia notable por su propiedad de disolverse 1.12 segundos antes de que se le añada agua, lo que proporciona, combinándola en las llamadas “baterías telecrónicas”, la posibilidad científicamente indecorosa de anticipar los resultados de las carreras hípicas y lucrarse mediante las apuestas. Otras propiedades de este fabuloso compuesto han sido estudiadas por diversos autores (*Progress Report* de J. H. Pomeroy), así como las sustancias neutralizadoras, representadas por la controvertida *Antiotimolina* de T. H. Barr. De cuando en cuando, y emulando la estela de las comunicaciones satíricas de Bürgenstock, aparecen propuestas de aplicación de la tiotimolina en contextos serios. Una de los más recientes es la de utilizar la tiotimolina para la depuración de ordenadores.

Llegados a este punto, merece la pena rescatar del olvido un antecedente poco conocido (al menos en el ámbito literario) de este tipo de sátiras científicas, un caso históricamente relevante que ilustra que las versiones paródicas de las doctas disertaciones científicas no son una invención reciente. En 1886, varios miembros de la Sociedad Alemana de Química, editores de la importante revista “Berichte der Deutschen Chemischen Gesellschaft”,⁷ entre los que se encontraba el célebre A. Kekulé, publicaron un volumen fuera de serie de la citada revista titulado “Berichte der Durstigen Chemischen Gesellschaft”.⁸ Entre las variopintas comunicaciones que contiene esta colección, debemos destacar la contribución de un tal Findig, que propone la famosa representación gráfica de la molécula de benceno en términos del “macacus cinocephalus” para una mejor visualización de los enlaces carbono-carbono. Aunque la autoría real de esta nota se desconoce, existen muchos indicios que apuntan al propio Kekulé como inventor de esta ingeniosa interpretación.

En definitiva, las conclusiones de Stocker, Willis y los demás colaboradores de la compilación *Chemistry and Science Fiction* sobre el papel

secundario de la química en la ciencia-ficción pueden por tanto considerarse acertadas, al menos si se interpretan dentro de ciertos márgenes geográficos. Como en la mayoría de estudios generales sobre la ciencia-ficción, las obras aparecidas en el bloque oriental siempre han estado subrepresentadas, salvo autores puntuales muy conocidos como los hermanos Strugatzki, S. Lem, I. A. Efremov, A. P. Kazantsev, A. N. Tolstoi o V. Obruchev, aunque la lista de obras y escritores meritorios sea mucho más larga. Las antologías y recopilaciones aparecidas en Europa y los EEUU no constituyen, en este aspecto, más que un botón de muestra de la diversidad de la literatura aparecida al otro lado del telón de acero o en Asia. Es precisamente en la literatura soviética de ciencia-ficción donde, a raíz de circunstancias políticas y sociales distintas a la cultura anglosajona, encontramos muchos ejemplos de autores con un pasado científico y académico que, en cierto momento de su existencia, se vuelcan en la literatura de ficción científica para expresar sus inquietudes internas o aventurarse en temáticas prohibidas, con el fin de tratar de burlar la opresiva maquinaria ideológica. Destacamos entre estos científicos-escritores a G. S. Al'tov, N. M. Amosov, D. A. Bilenkin, A. P. Dneprov, V. V. Grigór'ev, O. N. Lariónova y A. I. Shalímov. Que una mayoría de estos autores, pese a su innegable calidad científica y literaria, sea poco conocida en occidente, constituye un empobrecimiento del panorama de la ciencia ficción, analizado desde una perspectiva global. Pero un debate pormenorizado sobre esta cuestión nos desviaría del tema, por lo que es conveniente aplazarlo para otra ocasión.

Dejando de lado digresiones, la gran pregunta que se plantea es: ¿Cómo debiera estructurarse una trama estrictamente química en torno a la cual construir un relato de ciencia-ficción? Sin pretensión alguna de estar en posesión de una respuesta, nos aventuramos meramente a proponer alguna modesta idea, a partir de la cual quizá pueda hilvanarse una historia. Consideremos por ejemplo los elementos superpesados pertenecientes a la llamada "isla de la estabilidad" propuesta por G. T. Seaborg, más concretamente, el elemento con número atómico 126 y con 184 neutrones, que figura entre los favoritos para exhibir las propiedades

de estabilidad entre los superactínidos, al menos en el plano teórico. Partiendo de sus características teóricas calculadas, una inteligente especulación acerca de las propiedades de este elemento, bien en estado puro o como óxido en un desconocido mineral (extraterrestre), podría constituir el núcleo de un relato. Una posibilidad es el hallazgo de este elemento durante una operación de minería en asteroides, con la correspondiente discusión acerca de su origen o mecanismo de síntesis, así como el interrogante relativo a sus creadores. Otra opción es el descubrimiento de aplicaciones de este elemento en el diseño y construcción de nuevos y altamente eficientes generadores termoeléctricos en la exploración espacial, y su empleo en alguna importante misión en la que, inevitablemente, surge algún imprevisto que plantee un enigma. Legamos al lector el ejercicio de proponer alternativas adicionales, entre la miríada de posibilidades que se plantean en el estudio de los elementos quizá aún por descubrir. Quién sabe, lo que hoy es mera conjetura puede que pronto se convierta en una sólida certidumbre que dilate nuestros horizontes científicos y tecnológicos. Entretanto, solamente nos queda imaginar.

¹ No tratamos aquí su impacto en medios audiovisuales, que puede analizarse en la obra de Stocker citada al final.

² El artículo de Raulin proporciona algunas sugerencias interesantes sobre las plausibles biología extraterrestres.

³ Véanse las referencias del artículo de Raulin.

⁴ F. J. Dyson desarrolla una interesante reflexión al respecto en el ensayo "Is Life Analog or Digital?" Edge vol. 82 (2001).

⁵ No deben confundirse los artículos paródicos con otros que, pese a títulos o contenidos aparentemente ridículos, corresponden a investigaciones reales. Tómese como ejemplo el artículo de J. Morales et al. citado al final.

⁶ La original idea de incluir en el programa formal una comunicación de este tipo, costumbre propia de esta conferencia, suponemos que servía asimismo al propósito de sondear el grado de atención de la audiencia.

⁷ Esta revista fue fusionada con otras hace

varios años, formando actualmente parte del *European Journal of Inorganic Chemistry*.

⁸ "Informes de la Sedienda Sociedad de Química". El texto escaneado del fascículo original está a disposición pública en el enlace <https://archive.org/details/BerichteDerDurstigenChemischenGesellschaft>. Es no obstante decepcionante que dicha parodia no haya sido jamás traducida a otro idioma.

REFERENCIAS

ADDLE, B. *et al.* 1974 *Temporäre Chiralität*, *Nachr. Chem. Techn.* 22(7), 135-136.

ASIMOV, I 1948 *The endochronic properties of re-sublimated Thiotimoline*, *Astounding Sci. Fict.* 41(1), 120-125.

ASIMOV, I. 1960 *Thiotimoline and the Space Age*, *Astounding Sci. Fict.* 53(11), 155-162.

AVIRAM, A., RATNER, M. A. 1974 *Molecular rectifiers*, *Chem. Phys. Lett.* 29(2), 277-283.

BEAM PIPER, H 1957 *Omnilingual*, *Astounding Sci. Fict.* 50(2), 8-45.

BALL, E. 2008. *Chemistry in Fiction*, *Chemistry World* 5(12), 46-49.

BARR, T. H. 1977 *Antithiotimoline*, *Analog Science Fiction and Fact* 97(12), 126-129.

DAVIDSON, S. 2001 *Debugging using resublimated thiotimoline*, *IEEE Design & Test of Computers* 18, 80.

EFREMOV, I. A. *Olgoi-Jorjoi y otros relatos*, Ediciones Albia, Madrid, 1978.

FRANKE, H. W. *El devorador de calcio*, en *Ciencia y Desarrollo* 31, Ed. CONACyT, México DF, 1980.

HELLER, L. *De la science-fiction soviétique : par delà le dogme, un univers*, L'âge d'homme, Lausanne, 1979

HOYLE, F. *Element 79*, The New American Library, New York, 1967.

MORALES, J., APATIGA, M., CASTAÑO, V. M. 2009 *Growth of diamond films from Tequila*, *Rev. Adv. Materials Science*, 22(1), 134-138.

PIPER, H. B. *Omnilingual*, en *Antología de novelas de anticipación* 12, Editorial Acervo, Barcelona, 1970.

POMEROY, J. H. 1949 *Progress report*, *Astounding Sci. Fict.* 42(9), 31-40.

PYNCHON, T. *El arco iris de gravedad*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1978.

RAULIN, F. 2010 *What possible life forms could exist on other planets: A historical overview*, *Orig. Life Evol. Biosph.* 40, 195-202.

SEABORG, G. T. 1996 *Modification and expansion of Mendeleev's Periodic Table*, *J. Radioanalytical Nucl. Chem.* 203(2), 233-245.

STOCKER, J. H. (ed) *Chemistry and Science Fiction*, Washington D.C., American Chemical Society, 1998.

WILLIAMS, R. J. P. 2001 *Chemical selection of elements by cells*, *Coord. Chem. Rev.* 216-217, 583-595.